

NERUDA: UNA TIZA DE COLORES ENTRE MAPAS, LIBROS Y MANTELES

Mario Cajina-Vega

Neruda murió ayer; su cortejo casi se confunde con el de Allende, días antes. Fraterna dualidad en un país inmolado: política y poesía... El pase de Neruda transcurre en esa peligrosa pausa hacia el tramonto cuando, aún en plenitud y esplendor, la mano toma otro temblor y otro perfil: el dibujo, el equilibrio que se inclinará hacia el misterio o hacia la decadencia. En ese éxtasis, muere.

Lo tuvo todo: desde el Nóbel hasta el cáncer, dos exclusivas del siglo. Como poeta, en español, ninguno vio, en vida, realizarse una gloria igual a la de Neruda. Recibió el idioma donde lo dejara Darío, donde una geografía esperaba su palabra, y tomó posesión de la naturaleza con el canto, para devolvernos, en trabajo de académico a deshoras y de taumaturgo a destajo, el inventario de una enciclopedia propia: una lengua que habla con el castellano de los Andes. Su "Canto General" es Biblia y Homero de América.

Navegante, profeta, partidario, escoraba siempre hacia el amor. Antes de Neruda, recitábamos las "Rimas" de Bécquer. Después de Neruda, a Neruda:

"Eras la boina gris y el corazón en calma"

Los 20 Poemas de Amor y la Canción Desesperada mandaron al guardarropa al sevillano de perita y chambergo. Una oda de Neruda puede seducir. Una ira de Neruda puede ajusticiar. Sólo un americano debía "residenciar" a la España desollada de la Guerra Civil como él lo hizo y como hay que hacer estas cosas: con toda la garganta, con el corazón bombardeado de amor y la boca intacta de odio.

No resulta ajena la amistad entre Lorca y Neruda si vemos en aquel duelo al alimón (que superó la anécdota para mitificarse en símbolo) sobre Rubén Darío, más que el encuentro el arpegio de dos lenguajes. Lorca con su capa de luces y espadín grana, desconcertando al pirulí y a la bailaora. Neruda intoxicado, entre un oleaje de raíces, por su botín de oro de Indias: cornucopia y anaconda, gran caimán de turquesa y obsidiana.

Don Rubén, el invitado en las sombras, debe haber aplaudido, silencioso y solar. "Quien que Es no es romántico" había predicho él. Y como Borges, como Vallejo, como Huidobro (su iluminado antagonista aristócrata) Neruda confesó haber aprendido a leer y a escribir en Darío. Cuando, libros más tarde, formula su propia estética, oímos el eco poderoso del nicaragüense:

"Soy romántico y dramático. No me toca lo que no hiere mi sensibilidad".

Con su gran vaso de vino tinto, con su cachucha obrera y cosmopolita, con su camiseta a rayas de marinero diluvial, navega ahora bajo la vela de piedra de su Isla Negra.

Lo ví en París —"y no me corro"— con Alberti, bar de la Rotonde o la Coupole, años cincuenta. Alberti se iba por bulerías, como una guirnalda alrededor de sí mismo. Neruda, tan corpulento y ausente que parecía su féretro (cabía funeralmente dentro de su cuerpo), leía después para unos amigos. Solemne, sacerdotal, como si un manto de plumas y basalto, de cuarzo y cóndor, descendiera hacia su simple traje de paisano en un café, su voz emergió borrando manteles, copas, rostros, espejos, para instaurarse sobre las mesas en donde la veíamos y palpábamos, red verbal de pulpo y páramo, ritmo y pausa, paciencia y cansancio.

Así habló con la caligrafía desigual y grande de su propia escritura, asentándose en lento cuaderno náutico. No dejó de inquietarme cierto parecido físico con Somoza. Al saberlo se rió, duro y sordo. Antes había botado una sonrisa suave y fácil con un aire de mandolina que se fue a la cordillera.

Era amigo personal de la lluvia y la madera. Su sur austral venía siempre empapado de aguaceros y trenes, de cabalgaduras y nieves. El copihue, el alerce, el légamo, lo revestían de una dulce tristura botánica, de corteza y rama.

El mar se le volvía copa, hambre. Su cara, en las últimas fotos, es una ostra pelada por el vino blanco. Al leer o al beber como al comer, uno asistía a los testamentos que Neruda vivió dictando sensualmente: libros de ediciones con tipografía de Elzevir o Ybarra, botellas de caldos ya casi secos de tan añejos, recetas de sopas y mariscos que sólo él sabía cocinar, vestuarios, pipas, acentos graves y cantos que giran en el oído como otro de sus discos, disco que tal vez es un tentáculo reducido a plato.

Su ex-libris, un compás giratorio en el cual ancla un pez y las seis letras de NERUDA lo engloban cardinalmente, tiene el encanto del astrolabio y el destino del "Farewell".

En Bengala, en el Illinois, en los Urales, en Centroamérica "garganta pastoril / cintura de látigo", en el Cenote Sagrado ante cuyo pozo de sacrificios una vez meditó, Neruda extendía su poesía americana, reuniendo Teotihuacán,

Macchu Picchu y Chiloe, e inscribiendo desde la hoja y el mineral hasta la garza y el congrio, el beso y la cebolla, en una desatada voracidad de imágenes, territorios, sentinas, naufragios, piedras, Justicia y Amor. Ya paladar de salitre su agonía, el rescoldo sabe a sed.

*En el principio fue
el verso.*

*Don Pablo, Señor
Neruda, gracias.*